HARLEQUIN®

Bianca®



En su cama

Melanie Milburne

En su cama

Melanie Milburne



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2006 Melanie Milburne. Todos los derechos reservados.
EN SU CAMA, Nº 1722 - febrero 2011
Título original: The Secret Baby Bargain
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9803-4
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

TAN PRONTO como llegó a casa de sus padres aquel día por la tarde después del trabajo, Ashleigh supo que algo marchaba mal.

–¿Mamá? –preguntó, dejando caer su bolso al suelo mientras buscaba con la mirada a su hijo, que pronto iba a cumplir cuatro años–. ¿Qué pasa? ¿Dónde está Lachlan?

–Cariño... –Gwen Forrester apretó las manos preocupada. Tragó saliva nerviosa–. Lachlan está bien... tu padre se lo llevó a pescar hace dos horas.

–¿Entonces qué es lo que pasa? –preguntó Ashleigh, frunciendo el ceño–. Parece que acabaras de ver un fantasma.

–No sé cómo decirte esto... –Gwen tomó la mano de su hija entre las suyas.

Ashleigh sintió cómo su corazón se aceleraba. Hacía mucho tiempo que no veía a su madre tan preocupada. Se preguntó si aquello no tendría nada que ver con Jake Marriott, pero pensó que no podía ser, después de tantos años... cuatro años y medio.

–Vamos, mamá, me estás asustando. ¿Qué es lo que te pasa?

–Ashleigh... él ha vuelto.

Al escuchar lo que dijo su madre, sintió que la sangre se le helaba en las venas y se le revolvió el estómago de miedo.

–Ha estado aquí hace poco rato –explicó Gwen, que tenía la preocupación reflejada en los ojos.

–¿Qué? –logró decir finalmente Ashleigh–. ¿Ha venido aquí? ¿Él?

–No te preocupes –Gwen le dio un apretón de manos a su hija–. Lachlan ya se había marchado con tu padre. No lo vio.

–Pero tal vez viera las fotos –a Ashleigh se le revolvió de nuevo el estómago al pensar en todas las fotos de su hijo que sus padres habían colocado en el salón–. ¡Oh, Dios mío! ¿Habrá visto los juguetes?

–No vio nada. No le invité a entrar y, además, ya había arreglado la casa.

–Gracias a Dios... –dijo Ashleigh, sentándose en una silla, con la cabeza entre las manos, intentando aclararse las ideas.

¡Jake había vuelto! Después de cuatro años y medio, cuatro solitarios y desgarradores años, él había vuelto a Australia. A Sidney.

–¿Qué quería? –le preguntó a su madre.

–Quiere verte –dijo Gwen–. Y no aceptará un no por respuesta.

«No ha cambiado», pensó amargamente Ashleigh. Jake Marriott estaba acostumbrado a salirse con la suya y normalmente no tenía ningún reparo en ser muy inflexible hasta conseguir lo que quería.

–No puedo verlo –dijo Ashleigh, que estaba muy alterada. Se levantó de la silla y empezó a caminar por el pasillo–. Simplemente no puedo verlo.

–Cariño... –su madre le habló con delicadeza, pero en su voz se adivinaba un claro reproche–. Ya le deberías haber contado lo de Lachlan. Tiene derecho a saber que es el padre del niño.

–¡No tiene ningún derecho! –Ashleigh miró a su madre, enfadada–. Él nunca quiso tener un niño. Lo dejó claro desde el principio. No se casaría ni tendría hijos conmigo. Aquél era el acuerdo.

–Aun así, se lo deberías haber dicho.

–No te enteras, ¿verdad, mamá? Incluso después de tantos años quieres hacerle parecer un buen tipo –Ashleigh miró a su madre con rencor y prosiguió hablando–. Bueno, para tu información, te diré que si le hubiese contado a Jake que estaba embarazada, me hubiese presionado para que abortase.

–Seguro que eso hubiese sido decisión tuya –dijo Gwen, todavía preocupada–. Difícilmente te podía haber forzado a hacerlo.

–¡Yo apenas tenía veinte años! –dijo Ashleigh, casi llorando–. Estaba viviendo en el extranjero con un hombre nueve años mayor que yo, por el que hubiese hecho lo que fuera. Si me hubiese pedido que saltara de la torre de Londres, probablemente lo hubiese hecho. ¡Lo quería tanto!

Gwen suspiró mientras abrazaba a su hija, acariciando su pelo rubio ceniza, como había hecho casi siempre durante los veinticuatro años de vida de Ashleigh.

–¡Oh, mamá...! –Ashleigh trató de no llorar–. ¿Qué voy a hacer?

–Vas a ir a verlo, porque aunque no le debas otra cosa, sí que le debes eso. Me ha dicho que su padre ha fallecido recientemente. Supongo que será por eso por lo que ha vuelto a Sidney –dijo Gwen, apartando a su hija de sí, delicada pero firmemente.

Ashleigh frunció levemente el ceño mientras seguía a su madre a la cocina. A ella, Jake le había di-

cho que sus padres estaban muertos. Mientras estuvieron juntos, apenas habló de su niñez. Supuso que sería por el dolor que sentiría de haber perdido a sus padres tan joven.

Se preguntó por qué le había mentido.

–¿Ha dicho dónde se está hospedando? –preguntó Ashleigh mientras se sentaba en una de las banquetas de la cocina.

–De momento está en un hotel, pero me dio la impresión de que se va a mudar a algún sitio por la parte norte.

–¿Tan cerca? –preguntó Ashleigh, mirando atónita a su madre.

–Me temo que sí –contestó Gwen–. Vas a tener muy difícil ocultar la existencia de Lachlan si Jake se muda a un barrio cercano.

Ashleigh no contestó, pero la expresión de su cara mostraba preocupación.

–No tienes otra opción que verlo –dijo Gwen–. Además, puede que haya cambiado.

–No creo que la gente como Jake Marriott cambie nunca. No va con ellos –contestó.

–Sabes que tú misma puedes ser bastante testaruda a veces, Ashleigh –le reprendió su madre–. Sé que has tenido que ser fuerte para tener a tu hijo tú sola, pero a veces pienso que te gusta hacerte la víctima. Deberías haberte casado ya. No entiendo cómo el pobre Howard acepta esta situación. De verdad que no lo entiendo.

Howard Caule había dejado más que claro que quería criar a Lachlan como hijo suyo, pero cada vez que había tratado de fijar una fecha cercana para su boda, Ashleigh había puesto obstáculos. Todavía no sabía muy bien por qué lo hacía.

–Tú le quieres, ¿verdad que sí, Ashleigh?

–¿A quién? –miró a su madre sin comprender lo que ésta le preguntaba.

–A Howard –contestó Gwen, frunciendo el ceño–. ¿A quién si no?

Ashleigh no sabía qué contestar. Le importaba Howard. Y mucho. Había sido un magnífico amigo suyo; estuvo a su lado cuando se repuso de lo de Jake, le ofreció un puesto de encargada a tiempo parcial en su pequeña cadena de tiendas de antigüedades. Pero amarlo... Bueno, en realidad ya no confiaba en esos sentimientos tan imprevisibles. Era mucho mejor para ella relacionarse con la gente de un modo afectuoso, amistoso, pero un poco distante.

–Howard comprende que no estoy suficientemente preparada para casarme –dijo Ashleigh–. De todas maneras, él sabe que quiero esperar a que Lachlan se acostumbre a ir al colegio antes de alterar su vida con más cambios.

–¿Te estás acostando con él?

–¡Mamá! –Ashleigh se puso roja.

–Conoces a Howard desde hace tres años. ¿Cuánto hacía que conocías a Jake cuando te acostaste con él? –dijo su madre, cruzándose de brazos.

Ashleigh se negó a contestar. En vez de eso, le dirigió a su madre una mirada fulminante.

–Lo conocías desde hacía tres días, ¿no es así? –preguntó Gwen, ignorando la mirada de su hija.

–Aprendí la lección –espetó Ashleigh.

–Cariño, no pretendo sermonearte sobre lo que está bien y lo que no lo está –Gwen suspiró profundamente–. Es sólo que pienso que estarías más preparada para ver de nuevo a Jake si tu relación con Ho-

ward fuera más estable. No quiero que te haga daño otra vez.

–No le voy a permitir que me lo haga –dijo Ashleigh, mostrando mucha más seguridad de la que en realidad sentía–. Lo veré, pero eso será todo. No le puedo decir la verdad sobre Lachlan.

–Pero Lachlan tiene el derecho de conocer a su padre, ¿no crees? Si Jake se queda en Sidney durante algún tiempo, no vas a tener otra opción que decirle que tiene un hijo. Imagínate lo que pensaría si se entera de otro modo.

–Siento desilusionarte, mamá, pero Jake nunca se enterará de esto. Se pondría furioso si descubriera que tiene un hijo. Lo sé. Fue una de las cosas sobre las que más discutimos –se mordió el labio inferior al recordar su amargo pasado junto a él–. Se enfadaría tanto... se enfadaría muchísimo.

–Ha dejado esta tarjeta para que puedas ponerte en contacto con él –dijo Gwen, sacando una tarjeta de su bolsillo–. Está en un hotel. Parece que quiere reformar algunas cosas en la casa de su padre antes de mudarse a ella. Creo que sería sensato si le vieses en territorio neutral.

A Ashleigh se le revolvió el estómago al mirar la tarjeta y ver el nombre de Jake en ella.

–¿Podríais papá y tú cuidar a Lachlan si voy a verlo ahora? –preguntó, resignada.

–¡Ésa es mi chica! No esperes más. Así podrás continuar con tu vida sabiendo que al final hiciste lo correcto.

Media hora después, de pie frente al lujoso hotel donde se hospedaba Jake, Ashleigh se preguntó si

estaba en sus cabales, si en realidad estaba haciendo lo correcto. No había llamado al número de teléfono móvil que aparecía en la tarjeta de éste para informarle de su intención de verlo. Había tratado de convencerse de que no lo había hecho porque no quería que él tuviera la ventaja de prepararse para su llegada, pero en el fondo, sabía que era por cobardía.

Al final, tuvo que esperar a que él bajara, ya que la persona que estaba en la recepción del hotel se negó a decirle la habitación en la que estaba. Lo esperó en el bar y, como si intuyera su llegada, se quedó mirando hacia los ascensores. Cuando lo vio salir de uno de ellos, se quedó sin aliento.

No podía evitar mirarlo. En cuatro años y medio, en lo único que había cambiado era en que estaba todavía más irresistiblemente guapo. Su impresionante altura le daba un aire aristocrático y su musculosa estructura dejaba claro su afición por los deportes. Llevaba peinado hacia atrás su pelo negro.

Le sorprendió lo doloroso que era volver a verlo. Aunque habían tenido una relación sentimental, le pareció como si no lo conociera. En realidad, él no le había permitido conocerlo.

–Hola, Ashleigh.

A Ashleigh le costó disimular la reacción que le causaron aquellas palabras. ¡Había estado deseando oír aquella voz durante tanto tiempo! ¡Aquel leve acento inglés!

–Hola –lo miró a sus oscuros ojos un segundo, deseando que éste no descubriera la culpa reflejada en los suyos por lo que le había estado ocultando durantes aquellos años.

–Tienes buen aspecto –dijo, analizándola con la mirada–. Estás más gorda, ¿no?

–Veo que todavía tienes una idea bastante retorcida de lo que es un cumplido –contestó Ashleigh con aspereza.

–Y yo veo que tú sigues tan susceptible como siempre –le miró los pechos un momento antes de volver a mirarle a los ojos–. Creo que estás mejor así. Estabas tan esquelética.

–Debía de ser por el estrés de vivir contigo –no pudo evitar decir Ashleigh.

Se creó un incómodo silencio entre ellos. Ashleigh deseó poder ver a Jake sin que le hiciera un daño permanente a su estabilidad mental.

–Probablemente tengas razón –dijo Jake, frunciendo levemente el ceño. Se sentó a su lado y llamó al camarero.

–Mi madre me ha dicho por qué estás aquí –dijo Ashleigh una vez que Jake hubo conseguido su bebida.

Éste la miró, pero no le contestó.

–¿Por qué me dijiste que tus padres estaban muertos cuando nos conocimos? –preguntó cuando ya no pudo aguantar más el silencio.

–En aquel momento, parecía que era lo más fácil.

–Sí, bueno, el mentir siempre se te ha dado muy bien –espetó Ashleigh, resentida.

–Tal vez te sorprenda oír esto, pero no me gustaba mentirte, Ashleigh. Simplemente pensé que era menos complicado que explicarlo todo.

Ashleigh se quedó mirándolo mientras él tomaba un sorbo de su bebida. Sentía el corazón aprisionado en el pecho. Se preguntó qué había querido decir exactamente con aquello de *explicarlo todo*.

–¿Cuándo has llegado?

–Hace un par de semanas. Pensé que debía esperar a después del funeral de mi padre para ver si me había dejado algo en su testamento.

Ashleigh tuvo que agarrar su vaso con ambas manos para evitar acariciar a Jake, el cuál parecía no estar pasando un buen momento.

–¿Te ha dejado algo? –preguntó Ashleigh. Sus miradas se encontraron de nuevo.

–Me ha dejado todo lo que él mismo no quería tener –contestó con una cínica sonrisa Jake.

–Tiene que ser muy duro para ti... justo en estos momentos.

Lo más difícil que Jake había tenido que hacer en su vida, fue ir a buscar a Ashleigh aquella tarde. Su orgullo, su maldito orgullo, le hacía pensar que era un tonto por hacerlo. Pero tuvo que olvidarse de esos pensamientos e ir a buscarla.

Cuando fue a su casa y no estaba, se planteó esperarla allí durante el tiempo que fuese necesario. Pero se dio cuenta de lo turbada que estaba la señora Forrester, y se marchó a regañadientes. Ni siquiera estaba seguro de que ésta le hubiese dicho a Ashleigh que la había ido a buscar. No la podía culpar, desde luego. Sin duda, Ashleigh le había contado a su familia lo terriblemente malo y egoísta que había sido con ella durante el tiempo en que estuvieron juntos.

Pero *tenía* que verla. Tenía que verla para darse cuenta de lo que había perdido.

–Sí... no ha sido fácil –admitió Jake.

Se tuvo que contener para no abrazarla. Estaba estupenda. Su cuerpo, que ya le había encantado en el

pasado, en aquel momento estaba más femenino, más maduro.

Pensó que le gustaría haberla conocido en aquel preciso momento, sin el fantasma de su anterior relación separándolos. Pero no había sido el pasado de ambos lo que los había separado... había sido el pasado de él.

–Tu madre está igual que siempre –dijo Jake, mirándola fugazmente.

–Sí...

–¿Cómo está tu padre?

–Jubilado –contestó Ashleigh–. Disfrutando de poder jugar con... el...

–¿Al golf? –preguntó Jake, mirándola de nuevo.

–Sí... al golf. Juega mucho al golf –contestó Ashleigh, aliviada.

–Siempre me gustó tu padre.

La calidez con la que afirmó aquello, emocionó a Ashleigh. Su familia había ido a Londres por navidades cuando ella y Jake llevaban dos años de relación, y se había dado cuenta de que éste intentó llevarse bien con su familia. Cuando tenía un rato libre, elegía pasar tiempo con su padre en vez de con sus hermanas pequeñas, Mia y Ellie, o con su madre.

–¿Cómo están tus hermanas? –preguntó Jake tras una pequeña pausa.

–Mia está intentando con todas su fuerzas hacerse un hueco en la interpretación, con poco éxito. Y Ellie... bueno, ya conoces a Ellie –contestó, esbozando una pequeña sonrisa de orgullo.

La expresión de la cara de Ashleigh se suavizó al acordarse de su hermana pequeña, que era adoptada.

–Es una campeona. Trabaja a tiempo parcial en

una cafetería y el resto del tiempo lo emplea trabajando como voluntaria en un refugio para perros.

–¿Y tú? –le preguntó Jake, mirándola fijamente.

–¿Yo? –lo miró asustada, recordando el sabor de la boca de Jake en la suya.

–Sí, tú –contestó Jake–. ¿Qué haces ahora?

–Yo... –Ashleigh tragó saliva–. No hago mucho. Trabajo como encargada de compras para un anticuario. Antigüedades Howard Caule –dijo, mirándole a los ojos de nuevo.

–He oído hablar de él –dijo Jake, que pidió nuevas bebidas–. ¿Cómo se trabaja con él?

A Ashleigh le resultó difícil mirarle a los ojos con serenidad. Se humedeció los labios y le dio un vuelco el estómago al observar cómo Jake miraba su lengua.

–Es... es agradable.

Se reprendió a sí misma al ver cómo Jake hacía un gesto burlón con la boca. ¡Había mejores adjetivos para calificar a Howard!

–¿Es un buen tipo?

–Sí. También es uno de mis amigos más cercanos –Ashleigh tuvo que apartar su mirada.

–¿Te estás acostando con él?

–Eso a ti no te importa –contestó Ashleigh, poniéndose roja y mirándolo de nuevo.

Jake no respondió inmediatamente, lo que hizo que Ashleigh se pusiese muy nerviosa.

–¡Caramba! Eres muy susceptible, ¿no es así? –dijo Jake, sonriendo con un gesto todavía burlón.

Ashleigh no podía estar tranquila en presencia de Jake Marriott. La alteraba de todas las maneras posibles.

–No estoy siendo susceptible –dijo en un tono